

# A CUATROCIENTOS AÑOS DEL NACIMIENTO DE MOLIÈRE

Por LÍA MALLOL DE ALBARRACÍN



Jean-Baptiste Poquelin, Molière, (1622–1673). Óleo de Pierre Mignard

A poco de iniciado este 2022, no podemos dejar de recordar al gran MOLIÈRE ya que se han cumplido cuatrocientos años de su nacimiento y es uno de los dramaturgos más célebres, destacados y vigentes del mundo entero. Un verdadero clásico, tal como lo atestiguan las constantes y renovadas representaciones de sus obras aún hoy, no solo en París –particularmente en la Comédie Française- sino en toda Francia, como también a lo largo y ancho del planeta ya sea sobre escenarios de teatro o en el cine. Sin olvidar, además, las múltiples reediciones de sus piezas y su traducción a los más variados idiomas.



Exterior y sala de la Comédie Française, París.

Molière es el nombre artístico y literario de Jean-Baptiste Poquelin, nacido en París en enero de 1622. Desde pequeño mostró afición por el teatro: acompañaba a su abuelo a los espectáculos de la capital y, en cuanto pudo emanciparse, se asoció a los hermanos Joseph, Madeleine y Genéviève Béjart para fundar el “Ilustre teatro” con el que recorrería el interior de toda Francia a lo largo de 12 años. Molière fue lo que hoy llamaríamos productor y director,

además de actor y autor. La compañía del Ilustre teatro representaba traducciones de obras latinas, españolas e italianas y los éxitos de algunos nombres destacados del momento como Pierre Corneille. Molière se encargaba de los guiones y además interpretaba los papeles protagónicos trágicos; pero pronto se hizo patente que se desempeñaba mejor en papeles cómicos y su trabajo fue inclinándose cada vez más hacia la comedia. Ya de regreso en París hacia 1659 y bajo la protección del Duque de Orléans, hermano del mismísimo Luis XIV, abandonó por completo la tragedia y la representación de obras ajenas para dedicarse exclusivamente a escribir y montar sus propias piezas, todas dentro del género cómico. Su producción se basó especialmente en la experiencia y en su personal aptitud para la composición dramática. *Las preciosas ridículas, La escuela de las mujeres, Tartufo, Don Juan, El misántropo, Anfitrión, El avaro, El burgués gentilhomme, El enfermo imaginario*, son algunas de las llamadas “grandes comedias” de su autoría, a las que habría que sumar los títulos de piezas más breves como *El médico a palos*, por dar un solo ejemplo. Sobre el modelo de Plauto, de la farsa medieval francesa y de la *commedia dell'arte* italiana, Molière compuso las magníficas obras que nadie desconoce ni olvida y cuyo mérito reside en la originalidad que su ingenio y talento impusieron sobre los temas o modos ya conocidos. Así, el avaro Harpagón del dramaturgo francés apenas si recuerda a Euclión, protagonista de *La ollita* del latino Plauto; en cuanto a lo gestual, las chanzas, correteos y golpizas de los personajes molierescos superan con inteligente sutileza las burdas intervenciones de los personajes del teatro popular.

Molière supo explotar el humor en todos sus procedimientos: situaciones y palabras ocurrentes, ironía, equívocos, exageraciones, extravagancias. Por sobre todas las cosas supo explotar la ridiculez de las pretensiones humanas y suavizó mediante la risa franca los asuntos más delicados. “Molière es el gran maestro de la comedia de costumbres y de caracteres”, aseguran estudiosos como Pedro Henríquez Ureña. Además, introdujo en varias de sus obras elementos de música, danza y coreografía haciendo de sus piezas productos vistosos y modernos; con el compositor Lully forjó las novedosas “comedias-ballet” que hicieron furor en la corte de Versalles donde no pocas veces actuó frente a Luis XIV y sus nobles. Todos los estratos sociales lo aplaudieron, muchos de sus contemporáneos lo envidiaron...

Molière falleció en París el 17 de febrero de 1673, casi sobre el escenario. Paradójicamente, esa temporada interpretaba el papel protagónico de su magistral *Enfermo imaginario*. Tras su muerte, el rey fusionó su compañía para dar origen a la hoy célebre “Comedia Francesa” que desde entonces hasta la fecha no ha dejado de representar, con particular énfasis, el repertorio molieresco.

“Entrar de lleno en la ridiculez de los hombres y presentar agradablemente sobre el teatro los defectos de todo el mundo” fue uno de los objetivos de nuestro autor (las palabras son suyas). A partir de la premisa antigua de castigar las costumbres a través de la risa (*castigat ridendo mores*, decía Plauto), Molière se propuso desnudar las apariencias, los vicios y faltas de la sociedad de su época que tan bien conocía. Decía en su defensa de *Tartufo*: “Puesto que el deber de la comedia es corregir a los hombres divirtiéndolos, he creído que lo mejor que

puedo hacer es atacar con representaciones ridículas los vicios de mi siglo". Así, entonces, como dramaturgo no arremete contra las personas sino contra los defectos que estas encarnan: la avaricia, los celos, la hipocresía, la impostura, la hipocondría, la insensatez, la mentira... Con inteligencia se burla de todo aquello que aleja al ser humano de su dignidad como "hombre de bien", ideal caro al siglo XVII junto con la valorización de la razón y el justo medio. A través del humor (que nunca es grosería), denuncia todo capricho, destaca lo que es reprehensible en el ser humano. Y como el ser humano es siempre el mismo, sus comedias resultan universales y actuales, aún hoy, después de cuatro siglos.

En fin, Molière es uno de los nombres más resonantes y representativos de las letras francesas y recordarlo es verdaderamente muy oportuno: por un lado se trata de un acto de justicia pues su estampa es indudable e innegablemente grande; pero al mismo tiempo es un placer porque sus obras constituyen un reservorio inagotable de ingenio y de humor, de humanidad y de sensatez.

